

# TANYA

LEMA: ANA Y YO

Ya me lo advertiste Tanya, pero yo, como de costumbre, no te hice caso.

Me limite a mover la cabeza de un lado a otro. Parecía que te estaba prestando atención, pero en lo único que pensaba era en el momento en que tu boca se cerraría. Por mi mente pasaban, mil y una manera, de hacerte callar. Como en otras ocasiones, había una obsesión fija en mi mente. Iba a silenciarte. Tenía que dejar de escuchar esos grititos estridentes que me sacan de mis casillas. Eres como un loro. Y te encanta, sobre todo, darme la paliza cuando crees que he cometido un error o voy a cometerlo.

*Torpe, más que torpe. ¿Qué harías sin mí?. Mira que te lo he dicho veces, pero tú... nada. Al otro oído. Cuando te hablo es como si estuvieras oyendo llover. O¿ no te lo he advertido por activa y pasiva?. A veces, pienso que no me escuchas, porque nadie puede ser tan torpe. Torpe, que eres un torpe.-* una y otra vez, hasta que el cerebro se detuvo cansado de asimilar la misma información.

En ese momento las neuronas dejaron de hacer conexiones pues estaban a punto de estallar y como, tantas otras veces, comencé a escuchar la voz del diablo, que habita en cada uno de nosotros, y que ignoro en el último instante.

Al igual que siempre, al principio, es muy débil, casi un susurro. Pero a medida que le presto atención, toma más fuerza. Son órdenes concretas. Hacen referencia a simples movimientos que había comenzado a ejercitar desde que decidí que iba terminar, con tus interminables sermones.

Como en otras ocasiones, me hablaba de acercarme hasta ti, sin apartar la vista de tu boca. Y, sin que tú te dieras cuenta rodearte el cuello con las manos. No con una sola, sino con las dos. Esta vez no tendría que golpearte, hasta que consiguiera hacerte callar, sino presionar los dedos sobre tu suave piel. Con los pulgares te apretaría la garganta hasta que dejases de respirar. Tu cara se tornaría azulada. Los ojos estarían a punto de salir de sus órbitas. Y, desesperada por inhalar una última gota de aire, dejarías escapar tu lengua de víbora que colgaría, para siempre, de tu boca.

Si no conseguía ejercer la presión adecuada, la voz interior me ofrecía como alternativa que doblara tu cuello por la mitad. Sólo se escucharía un breve chasquido. Tal vez, también un tímido gruñido de la vida que se esfuma. Y, después, el más absoluto silencio.

Como titubeé, un breve lapso de tiempo, me ordenó que me pusiera en marcha en busca de uno de los cuchillos que hay en el armario de la cocina. Mientras tus chillidos se escuchaban de fondo me obligó a gritarte que iba a la nevera para coger una cerveza fría. Al abrir el cajón, indeciso sobre cual de ellos elegir, escuché que volvías a la carga con la letanía de que soy un maldito torpe. Eso me hizo reaccionar y escogí el que usas para deshuesar el pollo.

Mi mano tembló al ver la afilada hoja y estuve a punto de dejarlo caer al suelo. Con paso decidido, apretando el mango de madera con fuerza para evitar que se me escapara de la mano, llegué hasta ti. Dándome la espalda movías tus brazos en el aire, haciendo aspavientos.

No sabía que hacer. Y la voz me repetía que te clavase el cuchillo con saña en la columna, mientras intentabas aferrarte al espacio vacío.

Con rápidos movimientos debería trazar un puzzle sobre tu camiseta de algodón. Primero una, y después otras las puntadas crearían un precioso mapa. Tus mejillas palidecerían. Sobre tu rostro desencajado se dibujaría una mueca de dolor. Babearías un reguero de rojo intenso. Como un consumado pintor tendría mis manos teñidas de la pintura de tu sangre. Y habría rastros de salpicaduras de las paredes, esas paredes que te he prometido, tantas veces, que pintaría de color salmón, o ¿era de color ocre?. No recuerdo muy bien el color exacto porque cuando me lo decías, tampoco, te hacía caso. Y eso que durante meses, a la hora de comer, a la hora de cenar, a la hora de dormir...¡A cualquier hora¡, comenzabas a tararear la misma canción.

Te lo había prometido y siempre lo olvidaba. Y ya estabas harta de repetir lo mismo. Y, no querías ofenderme, pero estabas pensando que no te escuchaba, porque nadie podía ser tan torpe.-

Y por primera vez, mi querida Tanya tengo que darte la razón. Soy un torpe. Más bien, un autentico imbécil. O mejor dicho.... un completo gilipollas

Estoy aquí acordándome de ti, después de haberme dejado la voz pidiendo ayuda. He estado más de media hora gritando, para que alguien viniera en mi auxilio. Sin embargo como tú vaticinaste, con esa sabiduría que te caracteriza, no ha aparecido nadie.

Si hubiera colocado el enganche donde tú me indicaste, la puerta no se habría cerrado. Y por mucho que lo he intentado, no hay manera de moverla ni un ápice. No mentías al decir que era de acero macizo. Una buena pasta ha tenido que costarles esta cámara. Y voy a morir en ella.

¡Dios mío, tengo que salir de aquí!

He apagado la linterna para que aguante la pila durante más tiempo, pero esta negrura me está volviendo loco. Es cierto, lo que dicen. Te has quedado ciego pero sabes que no estás privado de la vista, y quieres ver. Pero, es inútil. Por mucho que intentas clavar la mirada en un punto para tomar la referencia del espacio que te rodea, es imposible. No hay dimensiones. Los ojos no se acostumbran a la oscuridad. Mi corazón late a más de mil por hora y tengo que encender la linterna aunque sea un instante.

Ahora la luz me ha cegado. Voy a apagarla, de nuevo. Miles de estrellitas se han alojado en mis pupilas.

¿Qué ha sido eso?. Juraría que ha mi lado, alguien está respirado entrecortadamente.

Llevo unos minutos en tensión, sin atreverme a mover ni un solo músculo. Noto una presencia y tengo miedo de encender la linterna.

Siento como unos dedos de hielo me acarician la nuca. Un escalofrío me recorre la espalda. Doy al botón pero el aparato no se enciende. Me tiemblan las piernas. Otra vez he sentido que alguien me rozaba, levemente. Me repito que estoy solo, pero no logro convencerme.

Acabo de recordar que tengo un pequeño encendedor, que tú me regalaste. Es una luz muy débil pero suficiente para echar una ojeada a mí alrededor. No hay nadie.

He vuelto a gritar como un poseso. Es gracioso que no se pierda la esperanza..

Dijiste que los dueños de la casa estarían fuera más de un par de semanas. Por lo tanto, si han dado vacaciones al servicio, hasta que ellos no regresen, nadie aparecerá por aquí. Calculando los metros cuadrados del habitáculo donde estoy encerrado, tengo aire para unos cuantos días. Y luego, ¿qué pasará?.

Noto, que el aire es más denso. Parece que se pudiera masticarse. Comienzo a sentir asfixia. Mis pulmones demandarán aire y se me hincha el pecho. Debo dejar de hacer respiraciones, cada vez, más rápidas. ¡No quiero morir aquí!

¿Cómo decían en aquel artículo que me leíste? El aire caliente pesa menos que el frío y asciende o ¿era al revés?. Voy a tumbarme e intentar relajarme. Tengo que pensar en algo bonito. El mar. Una cálida playa de arenas doradas, con muchas mujeres tostadas al sol. Montones de camareros sirviéndome exóticos cócteles. Una vida de lujo. Vivir sin importarte el mañana.

Tengo sueño. Puede ser por la asfixia. ¿Tal vez, estoy agonizando?. No, por supuesto que no. Pero aunque consiga tener aire suficiente ¿de qué voy a alimentarme?. Un par de días el estómago aguanta sin ingerir nada, pero ¡varias semanas!. En los campos de concentración la gente solía resistir pero ¿cuánto tiempo?.

Esto me recuerda, aquella película que vimos. A ti te dieron arcadas. Tuviste que salir al pasillo antes de vomitar en la sala de proyecciones. Yo me moría de risa y no podía parar de burlarme de ti.

Te llamaba blanda y melindrosa pues no aguantabas las escenas donde se comían los dedos de los pies antes de morir de hambre. Luego, la alquile en el videoclub y cada vez que la veía te marchabas corriendo al cuarto de baño porque no podías soportarlo. ¿Seré, yo, capaz de algo así?

Además tampoco tendré nada que beber. Tal vez, si me hago una pequeña incisión en un brazo o en una pierna y bebo un poco de sangre. En algunas tribus de Africa, consiguen sobrevivir de esta manera. Pero si no recuerdo mal, es a una especie de vaca a la que hacen la herida cerca de la yugular.

¡Qué gracioso! si me lo hiciera a mi mismo sería como un vampiro que se auto muerde.

Más si al hacer el tajo me equivoco y corto una vena o una arteria, puedo morir desangrado. Sentir el goteo de la sangre, corriendo por la piel. Al mismo tiempo percatarse de que se me escapa la vida y voy perdiendo calor hasta quedar helado. ¡Sería horrible!

¡Qué paradojas tiene la vida! Un ladrón muere en el cámara acorazada que pretendía robar. Algún gracioso me compararía con los faraones que se hacían enterrar en las pirámides con todos su tesoros. ¡Menudos desgraciados!. También a los constructores le enterraban vivos para que no difundieran el secreto de la cámara mortuoria. Incluso, a sus esposas les hacían acompañarles en su último viaje.

¿Por qué no traje a Tanya conmigo?. ¿Acaso es mejor morir asfixiado o desangrado que escuchar como repite lo torpe que soy?